

romana; la tierra no ha de ser perpétuamente el lecho donde Italia se entregue á sus placeres. Algun dia estos esclavos, que ahora trabajan como bestias, se acordarán de que son hombres. Y entonces buscarán, sino mis huesos destrozados en la voracidad de la naturaleza, mi nombre, y lo pondrán junto á sus héroes, junto á sus mártires; y lo trasmitirán, como un ejemplo digno de ser seguido é imitado, á todas las generaciones; y los historiadores, que ahora me desprecian, registrarán el dia luminoso de esta rebelion sublime como uno de los dias creadores del hombre, como uno de los dias sagrados en que comenzó la redencion del esclavo.

IX.

CLODIO (*al pié del Vesubio, dirigiéndose á los soldados romanos.*)

Soldados, ya lo habeis visto. La más infame de las rebeliones amenaza á Roma, á la ciudad, ante quien se postran de hinojos todos los pueblos. Aquellos seres, que solo merecen vuestro desprecio, inferiores al perro que guarda vuestras casas, han querido ser, como vosotros, hombres, cual si los dioses, al crearlos para la servidumbre, no les hubiera negado el alma. Vosotros no podeis vacilar, ni dudar un momento. La ciudad que ha sometido desde la sabia Grecia hasta la risueña Bética; la ciudad que ha penetrado victoriosa en Asia y en Africa; la ciudad que ha vencido á Annibal y á Mitridates; que ha entrado dentro de sus muros, y en calidad de despojo, al feroz Yugurtha, no se aterrará porque innobles

esclavos la amenacen, dirigidos por un trhacio oscuro, por un gladiador bárbaro como Espartaco. El génio de Roma está esparcido por el Universo, y protege á todos aquellos que en él se inspiran y que por él combaten. Fuerzas teneis, fuerzas muy superiores á la empresa. Valor teneis, valor mucho más grande que el de esos siervos inferiores á los brutos. Las espadas romanas están en vuestras manos libres, mientras en sus manos solo están las marcas de las cadenas. Los dioses con vosotros están, mientras ellos no saben qué númen ni que divinidad invocar. El génio de la justicia romana, que ha sojuzgado el mundo, va con vosotros. Subid, subid. No desmayeis un punto; que la duda no os haga vacilar; que no os haga vacilar el terror. Esos enemigos no merecen ni las palabras que gasto, ni las fuerzas que empleamos. No asistimos á una guerra, asistimos á un ojeo; no vamos á una batalla, vamos á una caza. En cuanto vean nuestras enseñas gloriosas, esas enseñas que asombran al mundo, caerán desarmados á nuestras plantas. Y si no, mirad. Han corrido despavoridos de Cápua á Parthenope. Incapaces de esperarnos en territorio llano, se han guarecido en una montaña abrupta; creen que hasta no podrán llegar los que han pasado los

Pirineos y los Alpes, los que han vencido en los desfiladeros de Macedonia y de Tracia. Ese asilo es el asilo de su terror; esa alta montaña es el testimonio altísimo de su debilidad. Subamos en alas de nuestro entusiasmo, seguros de que en su cima crece el laurel de la victoria. Rico botin de esclavos nos aguarda; el Senado os entregará de ese botin una parte. Vuestro general os lo promete. Y en el momento de comenzar esta lucha solo quiere que tengais presente lo que sigue: sois invencibles porque sois los soldados de Roma.

ESPARTACO (*apareciendo al pié de la montaña.*)

Y nosotros los soldados de la libertad. ¿Hay algo más grande?

CLODIO.

El enemigo.

ESPARTACO.

El enemigo.

CLODIO.

¡Qué audacia!

ESPARTACO.

No tan grande como la vuestra al convertir en bestia de carga á hombres que tienen alma.

CLODIO.

A ellos, soldados romanos.

ESPARTACO.

A ellos, siervos redimidos.

CLODIO.

¿Qué veo? Se dispersan mis gentes.

ESPARTACO.

Se dispersan.

CLODIO (*retrocediendo.*)

¡Oh mangua!

CINTIA (*sobre un risco.*)

Los pátrios dioses han oído mi plegaria.

ESPARTACO (*á los suyos.*)

Ya lo veis, huyen. Corred tras ellos. No deis paz á la mano. Quereis esclavizarnos, soldados romanos? ¡Ay de Roma! ¡Ay de Italia!

ORIEL (*en los campos de Lucania.*)

¿Estás triste, Espartaco?

ESPARTACO.

Muy triste.

ORIEL.

Pues todo te sonríe, todo te promete venturas sin cuento.

ESPARTACO.

Hasta aquí, hermano mío, los dioses nos han sido favorables. Pero de aquí en adelante.....
..... ¿quién sabe? ¿quién lo sabe?

ORIEL.

No hay motivo alguno para dudar. Tu cons-

tancia es la misma, tus hombres son más, tu prestigio mucho y tu causa justísima.

ESPARTACO.

Cierto, cierto. Pero no sé qué triste presentimiento me atenacea el corazón. Esperemos.

ORIEL.

¿Quién se resiste á tu pujanza?

ESPARTACO.

El destino, de que todos somos juguete.

ORIEL.

Mil veces te ha dado la victoria.

ESPARTACO.

Por lo mismo es fácil, facilísimo, caer de más alto.

ORIEL.

Pero no habrás caído sin cumplir escrupulosamente tu deber.

ESPARTACO.

Escrupulosamente. Mi deber estaba reducido á protestar, y he protestado; á decir al esclavo que no hay derecho para apoderarse de su persona, y se lo he dicho. Ahora, confiada esta idea al viento, hecho este soberano esfuerzo, queda todo lo demás al arbitrio del cielo. Cuán difícil es, en las postrimerias de la vida, volver los ojos hácia atrás y decir: he cumplido estrictamente mis deberes!

ORIEL.

La victoria te ha seguido á todas partes. El Senado romano se ha espantado como no se espantó en presencia de Annibal. Sin duda ha visto en tí reunidas las razas que ha oprimido, y condensadas las justísimas cóleras de esas razas opresas. La sangre en que esta sociedad se halla como amasada, arde por sí misma. La ceniza que creían apagada, se ha convertido en lava ardiente. Donde imaginaban tener las bases de su trono, el volcan ha abierto su cráter. El gladiador se ha convertido en ciudadano, el ciudadano en soldado, el soldado en vencedor, el vencedor graba-

rá en la impura realidad su idea, y redimirá á todos los suyos.

ESPARTACO.

¡Ah! No. Los tiempos todavía no están maduros. La redencion de nuestra casta no puede ser obra de aislados esfuerzos. La redencion de nuestra casta debe ser obra lenta y segura del tiempo. Se necesitan todavía muchos sacrificios. Se necesitan todavía muchos holocáustos para desarmar al destino.

ORIEL.

Pero tú has luchado con valor, y has vencido con fortuna. En los alrededores de Cápua huyeros los romanos á tu mirada; y á tu voz en las ágrías laderas del Vesubio. Despues has deshecho las gentes del pretor Varino, y de su lugar-teniente Cossinio, cuyos bagajes, cuyas riquezas, cuyo cadáver, cuyo ejército completo fué en tus manos. Montas el caballo del pretor, y llevas á tu lado sus lictores. De marcha en marcha llegaste al pié de los Alpes; donde, con dar un paso, hubieras podido ganar los desfiladeros de tu

pátria, y en ellos la codiciada libertad. Luego has retrocedido, recorriendo vencedor y pujante toda entera la tierra de Italia. Cercado ya por Léntulo, en supremo esfuerzo, rompiste el cerco, y te quedastes con nuevos y más ricos despojos. Casio en las tierras que el Pó baña, probó la fuerza de tu brazo. Saliéndote al encuentro con gran golpe de gente, perdióla toda, y estuvo cerca de caer al filo de tu espada. Craso ha venido con multitud de caballeros romanos. La ciudad de los dioses ha mandado contra míseros esclavos la flor de sus soldados. Has vencido al teniente de Craso, á Mumnio. Multitud de caballeros romanos han muerto en este encuentro. Multitud de águilas romanas han pasado desde el cielo de la victoria, donde vibraban el rayo de la guerra, á ser como nuestras aves domésticas. El terror ha sido tanto, que Craso se ha visto forzado á diezmar á sus legiones, para obligarlas á combatir contra tí, contra los míseros esclavos. Perdido estabas en Regio, cercado por Craso, y te salvaste. ¿Qué, qué puedes, dime, temer hoy? Aquí estamos en la rica Lucania, con más fuerza que nunca, vencedores, esperanzados, dispuestos á comenzar de nuevo nuestras inacabables y tenaces peleas. Pues qué, ayer mismo, cuando todo

parecia acabado, cuando innumerables de los nuestros habian caido, cuando el romano cantaba su victoria, y se apercibia á comunicarla al Senado, ¿no te revolviste, marchaste á marchas dobles, te lanzaste de nuevo sobre tus implacables enemigos y los venciste con la celeridad del relámpago, con el estruendo del trueno? Espartaco, el mundo te pondrá entre sus héroes, y entre sus redentores el esclavo.

ESPARTACO.

Es verdad cuanto has dicho, pero tambien es verdad que luchamos con un imposible.

ORIEL.

¿Por qué?

ESPARTACO.

Porque es imposible hoy vencer á Roma.

ORIEL.

Otras ciudades han caido. Babilonia, Tiro, han

visto desprenderse la corona inmortal de sus altivas frentes.

ESPARTACO.

Habian cumplido su destino.

ORIEL.

¿Y en qué, dime, conoces tú que Roma no lo ha cumplido todavia?

ESPARTACO.

Lo conozco en la debilidad de sus enemigos, en nuestra propia debilidad.

ORIEL.

Te llamas débil despues de tantas victorias?

ESPARTACO.

Que ninguna puede ser definitiva.

ORIEL.

No te desesperes, ilustre vencedor de los vencedores de la tierra.

ESPARTACO.

¿Pues qué, no lo has visto.? ¿No has visto cómo son los esclavos? La servidumbre apaga la conciencia en su frio cerebro. La cadena los abruma hasta destruirles y extirparles el alma. No entienden lo que es la libertad. No sienten el placer purisimo de poseerse á sí mismos, de ejercer sobre su propia persona la autoridad, la jurisdiccion, el dominio que ejercen ahora nuestros amos. Para mí, toda nuestra sublevacion acababa el dia en que fuésemos libres. Con esta idea llevé los esclavos emancipados desde la Campania á los Alpes, para que tomando unos hácia el Oriente y otros hácia el Occidente, hubiéramos ganado los galos sus selvas, nosotros nuestras montañas. No habria placer semejante al placer de tornar libres las tierras que habiamos dejado al caer en la esclavitud. Los aires serian allí más puros, la luz más brillante, la naturaleza más vívida y más rica en el seno de la libertad. ¡Ah! los corazones endurecidos no sienten el amor á la pátria. Sus conciencias apagadas no tienen la idea del derecho. A ganar las montañas, á poseer el hogar, á vivir en comunicacion con la naturaleza, han preferido talar los campos, destruir las ciudades,

quedarse con grandes despojos, incendiar, matar. Yo hubiera querido que nuestra causa no costara más sangre que la sangre vertida en los campos de batalla. Hubiera querido que no fuéramos opresores por haber sido opresos; que no fuéramos perseguidores, por haber sido perseguidos; que limitáramos nuestra obra á defender nuestro derecho. Ahora, caidos en este abismo del Mediodia de Italia, de donde difícilmente saldremos, muy difícilmente, vamos á luchar con furia, con rábía, con la exaltacion propia de nuestra causa; pero, hermano mio, no lo dudes, no lo dudes, ¡ay! sin ninguna esperanza.

XI.

CLAUDIO (*en el campamento de Craso. Es de noche.*)

Cuidemos, como cumple á un buen tribuno militar, de este campo.

SEXTO.

Y todo es menester, tratándose de tan vil canalla, que ha salido de sus ergástulas como una manada de fieras.

CLAUDIO.

Imposible pernoctar sin fortalecernos grandemente contra todo asalto.

SEXTO.

Antes de ayer parecían exterminados, y ayer han vuelto con mayor furia.

CLAUDIO.

Hoy debe ser el día decisivo.

SEXTO.

Me han dicho que Craso demandaba el auxilio de Pompeyo. Mal hecho.

CLAUDIO.

En algunos momentos creyó imposible vencer á los esclavos, si no venían prontamente en su socorro las legiones de España, de Africa, de Asia.

SEXTO.

¿Cómo gente de esa vil condicion, tendrá tanto valor?

CLAUDIO.

Son fieras, y es su valor el valor de las fieras.

SEXTO.

¿Has cuidado bien del campamento?

CLAUDIO.

Todo está en regla.

SEXTO.

Craso ha sido implacable con las legiones. Hacía mucho tiempo que no se usaba el expediente de diezmarlas.

CLAUDIO.

También hacía mucho tiempo que no mostraban los soldados romanos un terror tan grande. Vigilemos.

SEXTO.

Está perfectamente concluido el cuadrado?

CLAUDIO.

Y cavado hondamente el foso que resguarda nuestras elevadas trincheras, seguro del águila romana.

SEXTO.

La tierra sacada del foso forma una grande

muralla que fuerte empalizada termina y corona?

CLAUDIO.

Ya he dado las órdenes para evacuar el campo antes de amanecer, puesto que el enemigo se halla cerca. Las cuatro puertas, pretoriana y decumana, derecha é izquierda, ofrecen bastante espacio al paso de las tropas.

SEXTO.

Veo que aún allá abajo trabajan los nuestros.

CLAUDIO.

Concluyen el camino de cintura.

SEXTO.

Todo el mundo está en regla. La vanguardia ocupa el frente. Tras de ella se eleva la tienda del general. Junto á la tienda del general, nuestras tiendas, las tiendas de los tribunos militares. Las demás fuerzas ocupan su sitio de ordenanza. Tanto mejor. El descuido del más pequeño detalle, puede costarnos, como otras veces, muy caro.

CLAUDIO.

Vigilemos. Ocupa el general su pretorio, y duerme profundamente. El Augur, despierto todavía, consulta los presagios del cielo á un lado del pretorio, mientras el cuestor cuenta al otro lado los próximos estipendios. Las doce tiendas tribunicias se hallan cerradas, con excepcion de las dos nuestras. Las tiendas están ordenadas legalmente, y distribuidas en seis columnas. Sobre la tribuna reposan, como en su nido, las águilas de las legiones. La vía quiritaria tiene los cincuenta pies exigibles, y separa en dos grupos el campo. La caballería ocupa sus alojamientos, y las vivanderas y los cantineros reposan sosegadamente en los arrabales del campo. Esperemos que mañana se empeñe la última batalla, y sea nuestra la última victoria.

SEXTO.

Mas parece que oigo rumor allá en el campamento enemigo. La primera luz del alba dora inciertamente el borde oriental de los cielos. La alondra sube desde su nido de barro á entonar allá por las alturas el cántico matinal. Apercibámonos.

XII.

ESPARTACO (*en su campamento.*)

Compañeros, oidme. La luz del nuevo día debe alumbrar una gran victoria, si unís al valor de siempre la decision de no ser vencidos, sino antes muertos. El enemigo es poderoso, pero vosotros lo sois más; porque él, feliz, teme á la muerte, y vosotros, desgraciados, buscáis la muerte como un consuelo supremo. Mirad qué general nos han mandado, un epicúreo, un avaro, que se ha enriquecido con los despojos de la guerra civil, de la guerra extranjera, y que conserva sus riquezas con legiones de esclavos continuamente oprimidos y atormentados por su sórdida codicia. Cara á cara con todos esos vicios repugnantes os halláis vosotros, hijos de la naturaleza, amamantados á los pechos de la madre tierra,